

no lo acepté, mas le estreché la mano cordialmente, cuya accion le conmovió, diciéndome en mal alemán (era polaco): os dan ahora tan poco de comer que seguramente vos padecéis hambre. Aseguré que no, mas aseguraba lo increíble.

Viendo el médico que ninguno de nosotros podia acostumbrarse á esta clase de comida, nos puso á todos á lo que llaman *cuarta parte de porcion*, es decir, al régimen del hospital: eran tres sopitas muy claras al día, un pedacito de asado de cordero que se podia tragar de un bocado, y como unas tres onzas de pan blanco. Como mi salud se iba mejorando, el apetito se aumentaba, y esta porcion era demasiado poca, procuré volver al alimento de los sanos, mas no tuve ninguna ganancia, pues que me repugnaba tanto que no podia pasarlo, por lo que se me hizo indispensable atenerme á la *cuarta parte*, conociendo por espacio de mas de un año el grande tormento del hambre, el cual lo sufrían aun con mayor vehemencia algunos de mis compañeros, quienes siendo mas robustos que yo, estaban hechos á nutrirse mas abundantemente, y conozco algunos de ellos que aceptaron pan de Schiller y de los dos guardias empleados en nuestro servicio, y hasta de ese buen hombre de Kunda.

— Corre la voz en la ciudad que os dan á todos en general poco de comer, me dijo una vez el barbero, jovencito practicante de nuestro cirujano.

— Es mucha verdad, respondí naturalmente.

El sábado siguiente (venia todos los sábados) quiso darme de oculto un buen pedazo de pan blanco. Schiller hizo como que no habia visto la oferta. Yo si hubiese escuchado al estómago, le hubiera admitido, mas permanecí firme en rehusar, á fin de que el pobre jóven no repitiese el regalo, el que á la larga le hubiera sido un gravámen. Por el mismo motivo recusaba los presentes de Schiller, varias veces me trajo un tajo de carne cocida, suplicándome la comiera, y protestando que no le costaba nada, que se la daban de mas, que no sabia que hacer con ella, y que la daria de veras á otro, si yo no la tomaba. Me hubiera abalanzado á devorarla, mas aceptándola, ¿no hubiera aquel deseado todos los días darme alguna cosa? Solo dos veces que me trajo un plato de cerezas, y otra algunas peras, la vista de esta fruta me fascinó irresistiblemente; me pesó haberla tomado, cabalmente porque en lo sucesivo no cesaba de ofrecerme siempre.

LXV.

En los primeros días fue convenido que cada uno de nosotros tendria una hora de paseo dos veces por semana, en seguida nos dieron esta distraccion un

dia sí y otro no, y mas adelante todos los dias, esceptuando los de fiesta.

Cada uno era conducido á paseo separadamente entre dos guardias con fusil al hombro; yo que estaba alojado en el fondo del corredor, pasaba, cuando salia, por delante de las prisiones de todos los reos de Estado italianos, escepto de Maroncelli que estaba penando solo abajo.

— ¡Buen paseo! me susurraban todos por el postiguillo de sus puertas, pero no me permitian pararme á saludar á ninguno.

Bajábase una escalera, se atravesaba un espacioso patio, y se llegaba á un terraplen situado al mediodía desde donde se veia la ciudad de Brünn, y una gran parte de los alrededores.

En el espresado patio habia siempre un crecido número de reos comunes, que iban ó venian del trabajo, ó se paseaban en grupos conversando: entre ellos habia varios ladrones italianos que me saludaban con gran respeto, y decian entre sí: — no es un tunante como nosotros, y con todo su pena es mas rigurosa que la nuestra (En efecto tenian mucha mas libertad que yo).

Oia estas y otras espresiones, y les devolvia de corazon su cortesía. Uno de ellos me dijo una vez: — vuestra venia me hace bien, acaso vos estais viendo en mi fisonomía alguna cosa que no es depravacion; una pasion infeliz me arrastró á cometer

un delito, pero no señor, no soy un depravado. Y prorumpió en lágrimas. Le alargué la mano, mas no pudo asírmela, pues mis guardias, no por perversidad, sino por las instrucciones que tenian, le empujaron; no debian dejarme acercar cualquiera que fuese. Las palabras que estos reos me dirigian, aparentaban las mas veces decírselas entre ellos, y si mis dos soldados se apercebían que eran dirigidas á mí, intimaban silencio.

Pasaban tambien por aquel patio sugetos de varias condiciones no pertenecientes al castillo, los cuales venian á visitar al superintendente, ó al capellan, ó al sargento, ó á alguno de los cabos de escuadra. — Ved aquí uno de los italianos, uno de los italianos, decian de quedo, y se paraban á mirarnos, y muchas veces les oí decir en aleman, creyendo que yo no los entendia: ese pobre caballero no hará huesos viejos, tiene la muerte en el rostro.

Efectivamente despues de haberme restablecido en un principio, me fuí aniquilando con motivo de la escasez de alimento, y estaba á menudo calenturiento. Me costaba trabajo arrastrar mi cadena hasta el sitio del paseo, y allí me tendia sobre la yerba donde permanecia ordinariamente hasta que estaba concluida mi hora.

Estaban en pie, ó se sentaban junto á mí los guardias y charlabamos: uno de ellos, por nombre

Kral, era Bohemo y aunque de familia campesina y pobre, habia recibido cierta educacion, y la habia perfeccionado por sí mismo en cuanto habia podido, discurriendo con mucho discernimiento sobre las cosas del mundo, y leyendo todos los libros que le caian en las manos. Conocia Klopstock, Wieland, Goethe, Schiller y otros muchos buenos escritores alemanes. Sabia de memoria una infinidad de trozos, y los decia con inteligencia y sentimiento de ánimo. El otro guardia era un Polaco; llamado Kubitzki, ignorante, pero respetuoso y humano. La compañía de ambos me era de bastante agrado.

LXVI.

En una estremidad de este terraplen estaban las habitaciones del superintendente, y en la otra vivia un cabo de escuadra con muger y un hijo. Cuando veia yo á alguno salir de estas viviendas, me levantaba y me acercaba á la persona ó personas que salian, y era colmado de demostraciones de cortesía y compasion.

La muger del superintendente estaba enferma hacia tiempo, y se iba acabando lentamente; se hacia algunas veces llevar en un canapé al aire libre. Es indecible cuánto se enternecia, espresándome la

piedad que experimentaba por todos nosotros; su mirada era sumamente dulce y tímida, y aunque esto último, fijaba la vista de cuando en cuando con viva y curiosa confianza sobre quien la hablaba.

Le dije una vez riendo: — ¿quereis creer vos, señora, que os dais algun aire á una persona que he querido mucho?

Púsose sonrojada, y respondió con seria y amable sencillez: — no me olvideis vos, pues, cuando me muera, pedid por mi pobre alma, y por los hijos que dejo en este mundo.

Desde este dia en adelante, no pudo ya salir de la cama, y no la volví á ver mas, anduvo tirando aun algunos meses hasta que murió.

Tenia tres hijos bonitos como perlas, y otro todavia mamando. La infeliz los besaba frecuentemente en mi presencia, y decia: ¡quién sabe qué muger les deparará la suerte por madre despues de mí! Cualquiera que sea, el Señor le dé entrañas de madre aun para los hijos no nacidos de ella. Y lloraba.

Mil veces me he acordado de su ruego y lágrimas. Cuando ya no existia, abrazaba yo algunas veces á estos niños, y enternecido repetia este ruego maternal. Pensaba en mi madre, y en los ardientes votos que su amantísimo corazon levantaba sin duda por mí, y sollozando esclamaba: ¡O mas infeliz esta madre que muriendo abandona á sus hijos en

edad tierna que aquella que despues de haberlos criado con infinitos afanes se los ve arrebatat !

Dos buenas ancianas solian estar con estos chicos, una era la madre del superintendente y otra la tia : quisieron saber toda mi historia, y yo se la conté en compendio.

— ¡ Cuán infelices somos, decian ellas con la expresion del mas verdadero dolor, de no poder so-correr á vos en nada ! Mas estad seguro que roga-remos por vos, y que si un dia llega vuestra gracia, será de júbilo para toda nuestra familia.

La primera de ellas que era la que yo veia con mas frecuencia, poseia una dulce y extraordinaria elocuencia en dar consuelos ; los escuchaba con fi-lial reconocimiento, y me se quedaban grabados en el corazon. Decia cosas que yo sabia ya, y me ad-miraban como nuevas; conviene á saber, que la des-gracia no degrada al hombre, si no es vil, sino al contrario le eleva; que si pudiesemos penetrar los juicios de Dios, veriamos á menudo tener mas lás-tima de los vencedores que de los vencidos, de los contentos que de los afligidos, de los ricos que de los faltos de todo; que la amistad particular del Hombre Dios mostrada para con los desdichados es un gran hecho ; y que debemos glorificarnos de la cruz desde que fue llevada á hombros divinos.

¡ Y bien ! estas dos buenas ancianas que yo veia con tanto gusto hubieron de partir en breve de Es-

pielberga por razones de familia ; los niños cesaron tambien de venir al terraplen. Mucho me afligieron estas pérdidas.

LXVII.

Lo incómodo de la cadena en los pies, impidién-dome de dormir, contribuia á arruinarme la salud. Schiller queria que yo reclamase, y pretendia que la obligacion del médico era mandármela quitar. No le escuche por algun tiempo, despues cedí al con-sejo, y dije al facultativo que para recuperar el be-neficio del sueño, le rogaba hacerme desencadenar al menos por algunos dias, á lo cual respondió que la calentura no habia llegado todavía á tal grado que pudiese condescender á lo que le pedia, y que era necesario acostumbrarme á los grillos. Esta respuesta me indignó, y tuve rabia de haber hecho esta inú-til demanda.

— He aqui lo que he ganado, dije á Schiller, en seguir vuestro pertinaz consejo. Fue preciso que le dijera estas palabras de un modo desapacible, por haberse ofendido este buen hombre, brusco de su natural.

— A vos os desagrada, exclamó de haberos es-puesto á una repulsa, y á mí no me gusta de que seais tan altanero conmigo. Despues continuó un

largo sermón en estos términos : « los soberbios hacen consistir su grandeza en no esponerse á repulsas, en no aceptar ofertas, y avergonzarse de mil necedades, *alle Hezeleien!* ; tonterías ! ; vana grandeza ! ; ignorancia de la verdadera dignidad ! ; Esta consiste en gran parte en avergonzarse solamente de las malas acciones ! » Dijo, se salió, é hizo un estrépito infernal con las llaves.

Quedé aterrado. Y sin embargo esta tosca franqueza, dije, me agrada, pues sale del corazón como sus ofertas, como sus consejos y como su piedad. ¿ Y no me predicó la verdad ? ¿ A cuántas debilidades no doy yo el nombre de dignidad, siendo así que no son mas que soberbia ?

A la hora de la comida Schiller dejó entrar al reo Kunda con los cachivaches y el agua, y se detuvo en la puerta. Le llamé.

— No tengo lugar, respondió secamente.

Bajéme de la tarima, fuí á él y le dije : — si vosotros queréis que la comida me aproveche, no me pongais ese ceño tan duro.

— ¿ Pues qué ceño tengo que poner ? ¿ preguntó serenándose.

— De hombre alegre, de amigo, respondí.

— ¡ Viva la alegría ! exclamó. Y si para que la comida os aproveche, queréis vos también verme bailar, ya estais servido. Y se puso á pegar brincos con sus descarnadas y largas zancas de un modo

tan divertido que rebenté de risa. Yo reía y tenía el corazón angustiado.

LXVIII.

Una tarde, Oroboni y yo estábamos en nuestras respectivas ventanas, y nos quejábamos uno á otro de estar hambrientos. Alzamos algo la voz, y las centinelas gritaron; el superintendente que por mala ventura pasaba por aquella parte creyó de su deber hacer llamar á Schiller, y darle una famosa reprimenda, porque no vigilaba mejor á que guardásemos silencio.

Schiller vino con grande furia á quejarse á mí, y me intimó la orden de no hablar ya mas á la ventana; quería que yo se lo prometiese.

— No, respondí, no quiero prometérselo.

— ¡ Oh *der teufel!* *der teufel!* (demonio, demonio) exclamó, á mí decirme, no quiero, á mí que acabo de recibir una maldita peluca por culpa vuestra.

— Siento, querido Schiller, hayais recibido esa peluca por culpa mia, lo siento de veras, mas no quiero prometer lo que conozco no cumpliré.

— ¿ Y porqué vos no lo cumplireis ?

— Porque no lo podré, por la razón de que la soledad continua es tormento tan cruel para mí que nunca resistiré á la necesidad de dejar soltar alguna

voz de los labios, y de invitar á mi vecino á responderme, y si este se callase, dirigiria la palabra á las rejas de mi ventana, á las colinas que estan enfrente, ó á las aves que vuelan.

— *Der teufel!* ¿ con que vos no quereis prometerme ?

— No, no, no, repliqué.

Arrojó al suelo el estrepitoso manajo de llaves, repitiendo : *der teufel! der teufel!* En seguida prorumpió abrazándome : — ¡ Y bien ! ¿ tengo que dejar de ser hombre por esas malditas llaves ? Vos sois un caballero completo, y me alegro que no querais prometerme lo que no cumplireis. Haré lo mismo yo tambien.

— Estas llaves, le dije recogiénolas y dandóselas, no son tan *malditas*, puesto que no pueden hacer de un buen cabo de escuadra como sois vos un depravado esbirro.

— Y si creyese fueran capaces de eso, respondió, las llevaria á mis superiores, y les diria : si no quereis darme otro pan que el del verdugo, iré á pedir limosna.

Sacó del bolsillo el pañuelo, se enjugó los ojos, los alzó juntando las manos en ademan de oracion. Junté las mias, y rogué á la par suya en silencio. Comprendia él que yo hacia ruegos en favor suyo, como yo conocia que él los hacia por mí.

Al irse, me dijo en voz baja : cuando vos conver-

seis con el conde Oroboni, hablad lo mas quedo que podais : de ese modo hareis vos dos bienes, uno de ahorrarme el regaño del señor superintendente, y el otro de no dejar entender algun discurso..... ¿ debo decirlo?... algun discurso que, referido, irritaria siempre mas á quien puede castigar.

Aseguréle que de nuestros labios no salia nunca palabra alguna que, contada á quien se sea, pudiese ofender.

No necesitabamos en efecto de avisos para ser cautos, pues dos presos que entran en comunicacion entre sí saben muy bien crearse una jerga por medio de la cual dicen todo sin ser comprendidos de cualquiera que los escuche.

LXIX.

Volvia una mañana del paseo : era el 7 de agosto. La puerta de Oroboni estaba abierta, y dentro se hallaba Schiller, el cual no me habia oido venir ; los guardias quieren alargar el paso para cerrarla, yo tomo la delantera, y en un brinco héteme en los brazos de Oroboni.

Schiller se quedó atónito. — *Der teufel!* gritó, *der teufel!* y alzó el dedo para amenazarme. Mas las lágrimas se asomaron á sus ojos, y exclamó sollozando : ¡ O Dios mio, tened misericordia de esto

pobres jóvenes y de mí, y de todos los infelices, vos que fuisteis tan infeliz en la tierra!

Los dos soldados lloraban también; la centinela del corredor que allí acudió, se echó á llorar igualmente. Oroboni me decia: Silvio, Silvio, este es uno de los mas dulces dias de mi vida. Ignoro lo que le respondí, estaba fuera de mí de alegría y ternura.

Cuando Schiller nos mandó separarnos, forzoso fue obedecerle, Oroboni prorumpió en llanto continuado y dijo: ¿nos volveremos á ver ya mas en este mundo?

Y nunca jamas le volví á ver, pues pasados algunos meses, su cuarto estaba vacante, y Oroboni yacia en aquel cimiterio que yo tenia delante de mi ventana.

Desde que nos habiamos visto aquel instante, parecia que nos amabamos todavía mas dulce y estrechamente que antes, como si fuésemos mas necesarios uno á otro.

Era un gallardo joven, de noble aspecto, pero descolorido y de triste salud, solo los ojos estaban rebosando vida. Mi afecto por él se habia aumentado á causa de la piedad que me inspiraban su flaqueza y palidez. Lo mismo experimentaba él por mí, por cuanto ambos conociamos cuán verosímil era que al uno de nosotros tocaba de sobrevivir pronto al otro. Dentro de pocos dias en efecto en-

fermó, y yo no hacia mas que gemir y rogar por él. A consecuencia de algunos recargos de calentura recobró algunas fuerzas, y estuvo en estado de volver á los coloquios amistosos. ¡Oh! ¡cuánto el oír de nuevo el metal de su voz me consolaba!

— No te engañes, me decia él, será por poco tiempo; tén la virtud de prepararte á mi pérdida, inspírame espíritu con tu espíritu.

En esta época quisieron blanquear las paredes de nuestras prisiones, y mientras, nos trasladaron á los subterráneos. Desgraciadamente en este intervalo no nos pusieron en lugares vecinos. Schiller me comunicaba que Oroboni estaba bueno, mas yo recibia no queria decirme la verdad, y me temia que la salud ya tan endeble de aquel se deteriorase en estas mazmorras.

¡Si hubiese tenido yo por lo menos la fortuna de estar contigo en esta ocasion á mi querido Maroncelli! Oia, sí, su voz, nos saludabamos cantando, á despecho de las centinelas.

Llegó á la sazón á visitarnos el protomédico de Brünn, enviado acaso á consecuencia de los informes que hacia el superintendente á Viena sobre la suma inanición á que tanta escasez de alimento nos habia reducido á todos, ó bien porque entonces reinaba en las cárceles un escorbuto muy epidémico.

No sabiendo yo el motivo de esta visita, me ima-

giné era por nueva enfermedad de Oroboni, dandome un desasiego increíble el temor de perderle. Me acometió entonces una profunda melancolía y deseo de morir. El pensamiento del suicidio volvía á representármese; le combatía, mas yo era como un viagero cansado que mientras se dice á sí mismo, « mi deber es caminar hasta el fin » se siente con necesidad preponderante de tenderse en el suelo y reposarse.

Me habian dicho que poco ha en uno de estos tenebrosos calabozos se habia quitado la vida un viejo bohemiano, estrellándose la cabeza contra la pared. No podia desechar de mi idea la tentacion de imitarle. Ignoro si mi delirio hubiera llegado á ese punto, á no haberme creido próxima la muerte de resultas de una bocanada de sangre del pecho que arrojé. Dí gracias á Dios de quererme matar de este modo, ahorrándome un acto de desesperacion que reprobaba mi entendimiento. Pero el Ser supremo tuvo á bien al contrario el conservarme. Este arrojó de sangre alivió mis dolencias. A todo esto, fui vuelto á la prision de arriba, cuya mayor claridad, y la recobrada vecindad de Oroboni me apegaron de nuevo à la vida.

LXX.

Confíele la tremenda melancolía que habia experimentado en nuestra ausencia, y me dijo haber tenido él igualmente que luchar contra el pensamiento del suicidio.

— Aprovechemos, decia él, del escaso tiempo que nos es dado otra vez para fortalecernos mutuamente con el socorro de la religion. Hablemos de Dios, escitémonos á amarle, acordémonos que él es la justicia, la sabiduría, la bondad, la belleza, en fin todo cuanto admiramos de mas sublime. De veras te digo que la muerte no está lejos de mí. Te seré eternamente reconocido, si contribuyes á hacerme tan religioso en estos postreros dias, como hubiera debido serlo toda su vida.

Y nuestros discursos no versaban ya mas que sobre la filosofía cristiana, y el parangon de esta con la mesquindad de la sensualística. Ambos estabamos contentos de encontrar tanta consonancia entre el cristianismo y la razon, ambos en la confrontacion de las diversas comuniones evangélicas veiamos ser sola la católica la que puede verdaderamente resistir á la crítica, y la doctrina del catolicismo estribar en dogmas purísimos y en purísima moral, y no en miserables conceptos de la ignorancia humana.

— Y si por accidente inesperado volviésemos á la sociedad, continuaba Oroboni, ¿seremos nosotros tan pusilánimes de no confesar el Evangelio? ¿de entrar en cuidado, si alguno imaginá que la prision habia debilitado nuestros ánimos, y que por fragilidad nos habiamos vuelto mas firmes en la creencia?

— Oroboni mio, le dije, tu pregunta me revela tu respuesta, y esta es tambien la mia. El colmo de la cobardía es ser esclavo de los juicios de otro, cuando se tiene la persuasion de que son falsos. No creo que esta cobardía ni tú, ni yo la tendremos jamas.

En estos desahogos afectuosos cometí una culpa, pues habia jurado á Juliano el no confiar nunca á nadie, descubriendo su verdadero nombre, las conexiones que habiamos tenido juntos. Contélas á Oroboni, añadiéndole: en el mundo nunca se me escaparia de los labios cosa semejante, mas aquí estamos en el sepulcro, y aun cuando tú salgas de él, sé que puedo fiarme de tí.

Esta buena alma se callaba.

— ¿Porqué no me respondes? le dije.

Al fin se puso á motejarme seriamente de haber violado el secreto. Sus reconvenciones eran justas, pues ninguna amistad por íntima que sea, y por fortalecida que esté en la virtud no puede autorizar tal violacion.

Pero puesto que estaba efectuada esta culpa mia,

Oroboni fue causa de que me redundára un bien, pues habia conocido á Juliano, y sabia varias acciones honrosas de su vida; refiriómelas, añadiendo: este hombre se ha comportado tantas veces como cristiano, que no puede llevar su furor antireligioso hasta á la tumba. Esperemos, esperemos asi sea. Y tú, Silvio, procura perdonarle de corazon su mal humor, y ruega por él.

Estas palabras me eran sagradas.

LXXI.

Las conversaciones de que hablo, ya con Oroboni, ya con Schiller ú otros, ocupaba todavía poca parte de mis largas veinticuatro horas del dia, y no raras eran las veces que ninguna conversacion era posible con el primero.

¿Qué hacia yo, pues, en tan grande soledad? Pasaba mis dias del modo siguiente: me levantaba siempre al amanecer, y subido encima de mi tarima, me agarraba á las rejas de la ventana, y decia mis oraciones. Oroboni ya estaba en la suya ó no tardaba en venir á ella. Nos dabamos los buenos dias, y uno y otro continuaba tácitamente sus pensamientos en Dios. Cuanto horribles eran nuestras guaridas, otro tanto era magestuoso el espectáculo que se presentaba á nuestra vista: ese cielo, esa

campiña, ese movimiento lejano de criaturas vivientes en el valle, esas voces de aldeanás, esas risas, esos cantos nos esparcian el ánimo, y nos hacían sentir con mayor amor la presencia de Aquel que es tan magnífico en su bondad, y cuyo auxilio nos era tan necesario. Llegaba la requisita matutina: los guardias daban una ojeada por el cuarto para ver si todo estaba en orden, y registraban mi cadena eslabon por eslabon, con el fin de asegurarse si algun accidente ó alguna mala intencion la habia roto, ó mas bien (porque era imposible quebrar la cadena) hacian esta inspeccion por obedecer fielmente á las prescripciones de disciplina. Si era dia que venia el médico, Schiller preguntaba si uno queria hablarle, y lo apuntaba. Acabada la ronda, Schiller volvia acompañado de Kunda, el cual estaba encargado de asear cada cuarto. Pasado un rato nos traian el almuerzo que consistia en un medio jarro de un líquido encarnado, y tres rebanadas de pan sumamente delgadas; comia el pan y no bebia el licor. Despues de esto me ponia á estudiar. Maroncelli habia traído de Italia muchos libros, y todos nuestros compañeros tenian tambien, cual mas, cual menos; todo junto formaba una buena librería, y esperabamos ademas poderla aumentar con nuestro dinero. Mientras llegaba la respuesta del emperador al permiso que habiamos pedido de leer nuestros libros y adquirir otros, el gobernador

de Brünn nos concedia *provisionalmente* tener cada uno de nosotros dos libros consigo, y cambiarlos por otros todas las veces que quisieramos. A eso de las nueve venia el superintendente, y si se habia requerido al médico, aquel le acompañaba. Me quedaba todavía algun tiempo para el estudio desde este momento hasta las once que era la hora de la comida. Hasta el sol puesto no habia mas visitas, y volvia á estudiar. Entonces Schiller y Kunda entraban á mudarme el agua, y un instante seguido el superintendente con alguna escolta se presentaba para la inspeccion vespertina de todo el cuarto y de mis grillos. En una de las horas del dia, sea antes ó despues de la comida, al beneplácito de los guardias, erá el paseo. Terminada la espresada visita de la tarde, Oroboni y yo nos poniamos á conversar, y estos solian ser nuestros mas largos coloquios, pues los extraordinarios sucedian por la mañana, ó despues de comer, y eran por lo regular muy cortos. Algunas veces las centinelas eran tan caritativas que nos decian: « algo mas bajo, señores, de lo contrario el castigo recaerá sobre nosotros. » Otras veces aparentaban no apercibirse que hablabamos, pero viendo asomar al sargento, nos rogaban callásemos hasta que se hubiese ido, y partido qué era, decian: « señores patrones, ahora poder, pero lo mas bajo que ser posible. » A veces tambien algunos de estos soldados se arriesgaban sino á dialogar

con nosotros, satisfacer, si, á nuestras preguntas, y darnos alguna noticia de Italia. A ciertos discursos no respondíamos sino suplicándoles de callar, pues era natural que dudásemos si eran desahogos de corazones ingenuos, ó tretas con el objeto de escudriñar nuestros ánimos, aunque me inclino mucho mas á creer que hablaban con sinceridad.

LXXII.

Una tarde teníamos centinelas muy benignas, y por lo mismo Oroboni y yo no nos molestábamos en comprimir la voz. Maroncelli en su subterráneo, encaramado en su ventana, nos oyó, y distinguió mi voz. No pudo contenerse, y me saludó cantando, me preguntaba como yo lo pasaba, y me espresaba con las mas tiernas palabras su sentimiento de no haber todavía obtenido que nos pusiesen juntos. Este favor le habia pedido yo tambien, mas ni el superintendente de Espielberga, ni el gobernador de Brünn no tenían facultad de concederle. Nuestro respectivo deseo habia sido trasmitido al emperador, y hasta entonces no habia llegado ninguna respuesta.

A mas de la vez que nos saludamos cantando en los subterráneos, habia oido otras desde el piso superior sus coplas, mas sin comprender la letra, y

apenas pocos instantes, porque no le dejaban proseguir. Ahora alzó mucho mas la voz, no fue tan pronto interrumpido, y entendí todo. No hay términos con que espresar la conmocion que experimenté. Respondíle, y continuamos el diálogo cerca de un cuarto de hora. Al cabo se remudaron las centinelas en el terraplen, y las nuevas no fueron complacientes, pues que nos disponíamos á volver á empezar el canto, oímos furiosos gritos y maldiciones, y fue preciso respetarlas.

Me representaba á Maroncelli yacente desde tan largo tiempo en aquella prision mucho peor que la mia, me imaginaba la tristeza que allí debia oprimirle frecuentemente, y el detrimento que sufriria su salud, y me abrumaba una profunda angustia. Puede al fin llorar, mas el llanto no me alivió; me cargó un grande dolor de cabeza con recia calentura, y no pudiendo sostenerme en pie, me recosté sobre el jergon; aumentó la convulsion, el pecho me dolia con horrible pasmo, y creí morir aquella noche. Al dia siguiente habia cesado la fiebre, y del pecho iba mejor, mas me parecia tener fuego en el cerebro, y apenas podia mover la cabeza sin que se despertasen en ella atroces dolores.

Participé á Oroboni mi estado; él tambien se sentia mas mal que de costumbre. — Amigo, le dije, no está lejos el dia que uno de nosotros dos no podrá ya venir á la ventana. Cada vez que nos saluda-